

065. Camina delante de mí...

Se me ocurre empezar la reflexión de hoy con un consejo —vamos a llamarlo un mandato— que el mismo Dios le dio a Abraham en la más importante de sus apariciones al patriarca, al comunicarle la alianza que establecía con él y hacerle la gran promesa de su descendencia privilegiada (Génesis 17,1). Le dijo Dios:

- *Camina siempre en mi presencia, y sé un hombre perfecto, un hombre íntegro*

A partir de ahora, este consejo de Dios saldrá continuamente en la Biblia. Caminar delante de Dios es tenerle siempre ante los ojos, no desviarse de su querer, serle fieles hasta el fin.

Y se me ocurre preguntar: *¿Vale hoy esta palabra para nosotros?...*

Ustedes tienen la respuesta a flor de labios:

- *¿Qué si vale?... ¡Más que nunca! En una sociedad que se empeña en cerrar los ojos para no ver a Dios, escondiéndose de Él porque estorba cuando se quiere caminar en tinieblas, ¿qué remedio más poderoso que volver a los mejores tiempos de la Biblia, poner a Dios delante, y contemplar a ese Dios cuya visión será un día nuestro gozo eterno?...*

Es cierto que muchos siguen gritando, igual con sus gargantas que con sus hechos, aquello de la profecía de Jeremías: *¡No te serviré! Aunque el mismo Jeremías les advierte: “Todos los que te abandonan, oh Dios, quedarán confundidos; los que de ti se alejan serán escritos en el polvo de la tierra, porque han abandonado al Señor, vena de aguas vivas”* (Jeremías. 2,20 y 17, 13)

En la praxis de la vida cristiana hay un ejercicio al que todos los Santos han dado siempre mucha importancia. Es el saber caminar en lo que se llama *la presencia de Dios*.

Es decir, es acordarse muchas veces, cuantas más mejor, de ese Dios que nos envuelve, que nos penetra, que nos circunda por todas partes, *porque en él vivimos, y nos movemos y existimos* (Hechos 17, 28)

Es una mirada cargada de amor a ese Dios que nos ama. Entonces viene el decirse: *Y si Dios me ama, ¿por qué no le voy a amar yo también a Él?...*

De este modo, hacemos todo al revés de lo que hacía el asesino Caín. Muerto Abel su hermano, el homicida comenzó a vagar huyendo de Dios. Un escritor, con mucha imaginación y poesía, pero con todo realismo también, nos lo describe escondiéndose en todas partes, sin poder escaparse de ese ojo acusador que le miraba siempre. Miraba al cielo, y entre la nubes aparecía el ojo terrible de Dios... Se metía en el bosque, y por las ramas de los árboles copudos se adivinaba aquel ojo escrutador... Entraba en una cueva, y en la oscuridad brillaba misterioso el ojo espantable... ¡Pobre Caín! Miraba a Dios con ojos de culpa, y el ojo bondadoso de Dios se le presentaba como él lo escondía en su alma de criminal.

Nosotros lo hacemos de otra manera. Vemos en Dios al Padre que nos ama, y nunca se nos ocurre escaparnos de su vista. Al contrario, nos empeñamos en acordarnos de Él todas las veces posibles, para decirle con toda el alma: *¡Dios mío, te amo!...* Y en vez de un ojo aterrador, adivinamos un ojo que nos sigue lleno de ternura.

Un día le dice una compañera a Teresita de Lisieux:

- *Usted en el cielo será un serafín, de esos ángeles que más aman a Dios.*

Y Teresita, hoy brillante Doctora de la Iglesia, le responde con viveza, haciendo alusión a los serafines que en la Biblia aparecen cubriéndose los ojos con las alas ante el Dios a quien adoran:

- *¿Ah, sí?... Pues le aseguro que no haré lo que ellos. Yo no me cubriré los ojos para ver a Dios, sino que los abriré todo lo que pueda.*

Esta simpática Teresita le decía confidencialmente a una de sus hermanas cómo lo hacía ya aquí en la tierra, sin esperar al Cielo:

- *No me pasan más de tres minutos sin acordarme de Dios.*

- *¿Tres minutos a lo más? ¿Y cómo lo haces, para pensar siempre en Dios?*

- *Muy sencillo, es todo cuestión de amor.*

Digamos con gozo que esta Santa tiene muchos imitadores dentro de la Iglesia.

El cristiano se coloca en situación radicalmente opuesta al mundo, que se empeña en dar la vuelta a Dios.

El cristiano sigue el consejo de la Biblia (Sabiduría 1,1): *“Busca a Dios con sencillez, porque lo hallan los que no le exigen pruebas; se manifiesta a los que en él confían”*.

El cristiano, metido en los afanes de la vida —como el labrador en el campo, la mujer entre las ollas de la cocina, el oficinista ante montones de papeles, o el enfermo en su cama— sabe tender la mirada al Cielo como un ángel, y le dice a Dios que le quiere, que le quiere mucho, y que sólo suspira por estar con Él en otro sitio mejor...

El cristiano de verdad no avanza un paso en la vida por un camino que Dios le prohíbe, sino que va siempre por la vía recta —es otra expresión muy de la Biblia—, de modo que no teme mirar tranquilo y feliz a los ojos de Dios, ojos que encuentra siempre bondadosos, unidos a una sonrisa arrebatadora.

“Camina siempre delante de mí”, le ordenó Dios a Abraham. Nosotros aceptamos invitación semejante y le permanecemos fieles a Dios en la alianza establecida con Él por Jesucristo en nuestro Bautismo.

Es una alianza de amor, que lleva a los dos amantes a mirarse a los ojos, a buscarse con pasión, a vivir impacientes hasta que llegue el día del abrazo definitivo.
¡Y qué gusto que da salir, siempre caminando, al encuentro del Señor!...